

Nietzsche y Borges: metáfora, conocimiento y ficción

M^a DEL CARMEN RODRÍGUEZ MARTÍN*

1. Borges y Nietzsche o las posibilidades de la ficción

La preocupación por el lenguaje y el tratamiento de la metáfora ligados a problemas epistemológicos y gnoseológicos están presentes en las obras tanto de Nietzsche como de Borges. Ambos autores, unidos por sus lecturas de Schopenhauer y Hume, rehúsan a ser considerados como filósofos o pensadores en el sentido tradicional del término. La lucha contra la sistematicidad del pensamiento presente en el autor argentino desemboca en un cierto escepticismo en cuanto que la filosofía, la ciencia, la religión o cualquier tipo de interpretación del mundo que aspire a una pretensión universal de verdad, es conceptualizada como ficción. De este modo, Borges desrealiza el mundo explorando sus posibilidades a través de un manejo lúdico y ficcional de los distintos sistemas organizadores de una realidad concebida como un caos indescifrable que conduce al límite a la razón, produce su estallido, la sume en un desesperado desasosiego y le desvela que el laberinto carece de centro. En este sentido, considero que lo importante para Borges no es el rechazo de la filosofía especializada, sino recobrar «el viejo impulso metafísico de querer explicar el mundo»¹, no tanto para hallar soluciones sino para ejercitar la capacidad de crítica y refutación.

El tratamiento y el análisis a los que Nietzsche somete al lenguaje son paralelos a la crítica que va a establecer a la metafísica y a la lucha contra los grandes conceptos filosóficos que han primado en la Modernidad. Desde un punto de vista amplio, se podrían establecer conexiones entre estos aspectos, la influencia de la teoría defendida por Lange que consideraba a la metafísica como una forma de poesía, la crítica efectuada por el positivismo lógico y la postura de Borges que considera a la filosofía como «rama de la literatura fantástica».

Un autor fundamental que permite establecer este vínculo y relacionar directamente a ambos es Hans Vaihinger, en concreto su obra *La filosofía del como sí*, aludida por Borges en «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius». Recuerdo el fragmento: «El hecho de que toda filosofía sea de antemano un juego dialéctico, una *Philosophie des Als Ob*, ha contribuido a multiplicarlas. Abundan los sistemas increíbles, pero de arquitectura agradable o de tipo sensacional. Los metafísicos de Tlön no buscan la verdad, ni siquiera la verosimilitud: buscan el asombro. Juzgan que la metafísica es una rama

* Becaria Posdoctoral MEC/Fulbright. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.
Domicilio: C/ Granados nº 14. CP 06400 Don Benito (Badajoz).
Email: mamenrom@hotmail.com

1 E. Volker-Schamah: «La filosofía: un mito borgeano», en: G. Kaminsky (comp.): *Borges y la filosofía*, Buenos Aires, UBA, 1994, p. 55.

de la literatura fantástica. Saben que un sistema no es otra cosa que la subordinación de todos los aspectos del universo a uno cualquiera de ellos².

Borges asume en su texto el presupuesto nietzscheano según el cual para que en el mundo pueda darse «algún grado de conciencia» ha de existir un mundo imaginario, «un mundo irreal de error» sobre el que se erigen los cimientos de toda estructura de conocimiento, mostrándose, finalmente, como despropósito fundamental la creencia en la permanencia³. Así, si «al principio se creyó que Tlön era un mero caos, una irresponsable licencia de la imaginación; ahora se sabe que es un cosmos y las íntimas leyes que lo rigen han sido formuladas, siquiera de modo provisional»⁴.

Paralelamente, Vaihinger, al analizar «Las fuentes de la idea de ficción en Nietzsche», reincide en la consideración de todo conocimiento como ficción, en el gusto del filósofo alemán por las apariencias y la función fundamental de la invención, incluida la función falsificadora de la poesía y del mito, para finalmente concluir que Nietzsche, al igual que Borges: «Mantiene que frente al mundo del ‘cambiante’ y ‘evanescente’ devenir se establece, en interés de la comprensión y la satisfacción estética de la ‘fantasía’, un mundo del ‘ser’ en el que todo aparece ‘redondo’ y completo; que de esta forma surge una antítesis, un ‘conflicto’, entre ‘conocimiento’ y ‘arte’, ‘ciencia’ y ‘sabiduría’, que sólo se resuelve reconociendo que este mundo ‘inventado’ es un ‘mito’ justificado e ‘indispensable’; de lo que finalmente se sigue que ‘falso’ y ‘verdadero’ son conceptos ‘relativos’»⁵.

Nietzsche considera al lenguaje como creación artística incapaz de aprehender el ser de las cosas y, por tanto, de erigirse como ámbito natural para la manifestación de la Verdad. Al producirse la disolución de la identidad entre ser y pensar heredada de Parménides se desmoronan las relaciones dicotómicas ficción/realidad, mitos/logos y la historia del pensamiento deviene en ficción⁶. Desde esta perspectiva, si Nietzsche plantea la existencia de «ficciones reguladoras», invenciones necesarias para el desarrollo de la vida y del conocimiento, Borges afirmará por su parte que: «no hay ejercicio intelectual que no sea finalmente inútil. Una doctrina filosófica [una ficción reguladora] es al principio una descripción verosímil del universo: giran los años y es un mero capítulo –cuando no un párrafo de la historia de la filosofía»⁷.

De este modo, en ambos, la ficción ahonda y subraya los «intersticios de sinrazón» de un falso mundo que «hemos soñado resistente, misterioso»⁸...

2. Lenguaje y metáfora en Borges: una aproximación

En los textos de la década del veinte correspondientes a sus tres primeros libros de ensayos *Inquisiciones*, *El tamaño de mi esperanza* y *El idioma de los argentinos* el joven Borges frecuenta el tema del lenguaje siendo objetos fundamentales de su reflexión la naturaleza temporal y sucesiva

2 J.L. Borges: Obras Completas, vol. I, Barcelona, Emecé, 1996, p. 436.

3 H. Vaihinger: «La voluntad de ilusión en Nietzsche», en F. Nietzsche: Sobre verdad y mentira en sentido extramoral, Madrid, Tecnos, 1990, p. 56.

4 J.L. Borges: Obras Completas, vol. I, Barcelona, Emecé, 1996, p. 435.

5 H. Vaihinger: «La voluntad de ilusión en Nietzsche», en F. Nietzsche: Sobre verdad y mentira en sentido extramoral, Madrid, Tecnos, 1990, pp. 44-45.

6 En el concepto de «ficción» aunaría tanto la derivación etimológicamente de *factio* -«lo creado», «lo inventado»- como de *factum* que remite a «lo simulado», «lo falso». En Borges ambas acepciones se unirán para presentarnos una realidad ilusoria en donde los simulacros son lo verdaderamente existente.

7 J.L. Borges: Obras Completas, vol. IV, Barcelona, Emecé, 1996, p. 449.

8 J.L. Borges: Obras Completas, vol. I, Barcelona, Emecé, 1996, p. 258.

del mismo y la relación ontología/gnoseología derivada de las relaciones entre palabra y realidad con el objetivo de dinamitar cualquier planteamiento isomórfico.

En «La Metáfora», por ejemplo, comienza apuntando que no existen diferencias entre los usos metafóricos del lenguaje y los enunciados científicos que explican un fenómeno: la realidad no es abarcable ni cognoscible por la ciencia en cuanto que sus leyes no dejan de ser sino expresiones lingüísticas. Desde esta perspectiva, cualquier conocimiento considerado universal y objetivo posee el mismo valor de verdad que cualquier ficción: todo aquello que enunciamos lingüísticamente posee naturaleza ficcional. De este modo, hablar nos conduce a una realidad fantasmal al descontextualizar al objeto y a las relaciones en las que está inserto a través de la plasticidad y eficacia ordenadora de la palabra⁹.

La metáfora es uno de los conceptos en donde convergen las preocupaciones borgesianas sobre realidad/ficción y ser/pensar. Para este primer Borges: «el idioma es un ordenamiento eficaz de esa enigmática abundancia del mundo. Lo que nombramos sustantivo no es sino abreviatura de adjetivos y su falaz probabilidad (...) Nadie negará que esa nomenclatura es un grandioso alivio para nuestra cotidianeidad. Pero su fin es tercamente práctico: es un prolijo mapa que nos orienta por las apariencias, es un santo y seña utilísimos que nuestra fantasía merecerá olvidar alguna vez (...) nuestro lenguaje (...) no es más que la realización de uno de tantos arreglamentos posibles»¹⁰.

Muy nietzscheanamente, define el idioma como instrumento necesario para ordenar y vivir en el mundo aunque éste siga conservando su carácter nouménico, impenetrable y enigmático. El lenguaje se plantea como una herramienta útil, de naturaleza pragmática, que nos sirve de guía «en las apariencias». Esta tesis de la arbitrariedad del lenguaje, unida a su poder falsificador, volverá a exponerla en «Palabrería para verso» donde insiste en «el carácter inventivo» de todo sistema lingüístico en la medida en que, como *ars combinatoria*, construye y crea mundos. Así, cualquier pretensión universal como la del Obispo Wilkins o la máquina luliana están, desde el inicio, abocados al fracaso.

Si bien el lenguaje no puede apresar la realidad en todos sus matices, la experiencia del mismo que siente el joven Borges pendula entre un lenguaje sensitivo y la paulatina intelectualización a la que lo somete. El primero nos acerca a una realidad que se manifiesta como experimentable y abierta. Esta apertura implica una posibilidad de conocimiento a través de lo sensorial que desaparece cuando el idioma comienza su proceso de abstracción y el mundo se torna progresivamente incognoscible¹¹. Esta dualidad aparece en textos como «La Encrucijada de Berkeley». Allí Borges define a la realidad como simulacro e imagen que existe por la acción de la conciencia, inasible y con carácter especular, pero, simultáneamente, propone una realidad cercana y abierta. Para Mark Garnett la existencia de la realidad en este primer Borges, que no duda en modificar las proposiciones de Berkeley para adaptarla a sus posturas, viene precedida por la percepción y la inmediata conversión en lenguaje. Desde esta perspectiva, el yo se convierte en el centro neurálgico de los planteamientos filosóficos de juventud que tamiza la realidad a través de los sentidos para construir un mundo lingüístico. El lenguaje es simplemente un modo de organización del mundo, uno de los muchos posibles que resulta eficaz operativamente hablando. La razón necesita buscar amparo

9 J. Rest: El laberinto del Universo. Borges y el pensamiento nominalista, Buenos Aires, Librerías Fausto, 1976, pp. 104-105.

10 J.L. Borges: Inquisiciones, Madrid, Alianza Editorial, 1998, p. 71.

11 C. Bulacio: Los escándalos de la razón en JLB, Buenos Aires, Victoria Ocampo, 2003, p. 82.

en lo permanente. En «Indagación de la palabra» una de las conclusiones que podemos extraer es que el lenguaje es un ejercicio combinatorio y creativo que no se puede reducir a sistemas estructurales. Las categorías sintácticas gramaticales no afectan a la función representativa del lenguaje y si lo hacen, lo hacen negativamente. Borges cita a Croce para argumentar que las palabras fuera del contexto oracional no existen como tampoco la oración como unidad mínima de significado. ¿Dónde está entonces la realidad del lenguaje? Para Borges las unidades básicas del lenguaje son las unidades representativas, es decir, aquella palabra o grupo de palabras que conforman una entidad. Sin embargo, dada la naturaleza sucesiva del lenguaje, la aspiración a intentar apresar la realidad en una sola mirada es imposible. El lenguaje no es más que un engaño para la conciencia que posee apariencia de realidad.

En *Verdad y mentira en sentido extramoral* la metáfora abandona el nivel meramente lingüístico y adquiere un valor epistemológico a partir del cual es posible postular el carácter ficticio de todo conocimiento. Para Kofmann, existe en el hombre un impulso irreprimible y consustancial, creativo y fabulador hacia lo metafórico que rompe las distinciones entre vigilia y sueño y apariencia y realidad. Nietzsche elimina las dualidades y otorga privilegio al mundo fenoménico, a lo aparente. El lenguaje posee una esencia retórica que imposibilita la enunciación de una ontología realista demarcada y encerrada por y en sus límites. Desde esta perspectiva, el lenguaje se convierte en una tautología, las palabras no poseen otro referente que ellas mismas, y las relaciones que se establecen con la supuesta realidad que denotan quedan encerradas dentro del marco lingüístico.

Por su parte, para el escritor argentino «cuando la vida nos asombra con inmerecidas penas o con inmerecidas venturas, metaforizamos casi instintivamente. Queremos no ser menos que el mundo, queremos ser tan desmesurados como él»¹² y en una afirmación que podría haber sido escrita por el mismo Nietzsche enuncia: «creo que es imposible prescindir de metáforas al hablar y que es imposible entendernos sin olvidarlas»¹³.

Además de los paralelismos que podemos trazar entre Borges y Nietzsche, otro autor que hemos de tener en cuenta es Fritz Mauthner. Mauthner defiende también tanto el carácter metafórico del lenguaje que media y confina el conocimiento¹⁴ como la capacidad falsificadora derivada de su naturaleza simbólica. Por otro lado, si para Mauthner el lenguaje solo tiene realidad en cuanto que es usado por el hablante y entendido como un sistema compartido de significaciones que permiten la comunicación entre los individuos a partir de la existencia de un pasado común¹⁵, para Nietzsche hay que remarcar la dimensión social del concepto que le otorga su contenido y lo convertirá en un instrumento de apropiación del mundo.

Desde este punto de vista, el hecho de que el lenguaje sea un sistema de símbolos compartidos en donde reside la memoria de la colectividad social implica cierta repetición. En este sentido, la repetición pone en jaque la concepción lineal de la temporalidad. En «La doctrina de los ciclos» lo que le interesa a Borges, no es exponer la doctrina del eterno retorno, sino la falsificación de la lectura a la que Nietzsche le somete. El lenguaje, como elemento histórico, guarda y presentiza el pensamiento de los que nos precedieron y la reproducción de la teoría pitagórica por parte del autor alemán no sería sino una demostración práctica de la misma. Concreta y explícita Borges en «El culteranismo»: «Piensa Novalis: cada palabra tiene una significación peculiar, otras connotativas y

12 J.L. Borges: *El idioma de los argentinos*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, p. 57.

13 J.L. Borges: *El idioma de los argentinos*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, p. 52.

14 A. Echavarría: *Lengua y literatura en Borges*, Barcelona, Ariel, 1983, p. 107.

15 A. Echavarría: *Lengua y literatura en Borges*, Barcelona, Ariel, 1983, pp. 109-112.

otras enteramente arbitrarias y falsas (Werke, III, 207). Hay la significación usual, la etimológica, la figurada, la insinuada de ambiente. La primera suele prevalecer en la conversación con extraños, la segunda en alarde ocasional de escritor, la tercera es costumbre de haraganes (...) la última presupone siempre una tradición, es decir, una realidad compartida y autorizada»¹⁶.

En «De las Alegorías y las novelas» distingue Borges entre aristotélicos y platónicos como las dos posturas de pensamiento entre las que ha oscilado la historia de la filosofía. De estas dos líneas derivan dos concepciones sobre el lenguaje y, por tanto, dos formas de conocimiento y posicionamiento frente al mundo. Para los primeros el lenguaje no deja de ser un sistema arbitrario de símbolos; para los segundos un «mapa del universo». En este sentido, Borges seguirá a Mauthner que señala la naturaleza lúdica del lenguaje y ataca las falacias gnoseológicas que provienen de establecer una correlación entre lenguaje y realidad al concebirlo como una especie de catálogo de biblioteca insuficiente. Las relaciones se establecen, de nuevo, única y tautológicamente entre los elementos del sistema simbólico. Borges delimitaría los límites del conocimiento dentro del marco de lo verbal ya que «el lenguaje sólo puede aspirar a sustituir la realidad concreta, en la medida en que nos precipita de manera irremediable en ficciones abstractas»¹⁷.

También para Nietzsche la realidad posee una naturaleza plural y el lenguaje, en cuanto concepto unívoco, es incapaz de describirla. Por este motivo, apartándose de la concepción aristotélica de la metáfora la rehabilita frente al concepto -metáfora muerta y fosilizada- y la transforma en el instrumento para interpretar la realidad a través de la creación: es el carácter metafórico del lenguaje el que introduce el orden en el caos de lo fenoménico. El elemento metafórico, desde esta perspectiva, puede formar parte del discurso filosófico y la oposición entre poesía, filosofía y ciencia radicaría únicamente en la concepción de verdad que estas disciplinas manejen.

Paralelamente, para Borges, como apunté con anterioridad, la filosofía en cuanto sistema de palabras, no puede aspirar a construir concepciones del mundo que se adapten y lo expliquen quedando por este motivo liberada de cualquier obligación de búsqueda y hallazgo de Verdad. El uso de la metáfora está ligado a la actitud antisistémica del pensamiento borgesiano al ofrecernos «una perspectiva excepcional para el conocimiento de los hábitos esencialistas y metafísicos del pensamiento occidental, los que durante siglos fueron tomados con naturalidad y que hoy ponen en evidencia sus límites y carencias»¹⁸. Metaforizar implica interpretar la realidad de una forma alternativa a lo racional que legitima los mundos ficcionales y se convierte en el ejercicio fundamental del pensamiento: «Metaforizar es pensar, es reunir representaciones o ideas»¹⁹; «¿acaso existe un pensar con metáforas y otros sin?»²⁰.

El sistema constriñe el pensar y sus límites implican los límites de la razón y del lenguaje. La verdad no consiste en lograr la adecuación entre nuestro pensamiento y los fenómenos y tanto las categorías lingüísticas como las del entendimiento pueden entenderse con ánimo lúdico. El lenguaje describe el mundo desde la contingencia. Así, también para Nietzsche, el error y el engaño forman parte de la esencia del ser humano para la supervivencia y poseen un poder práctico. Aquello que nos proporciona el intelecto no son más que ficciones que se deslizan por la superficie y en ningún momento domeñan la esencia de las cosas. Nuestra mirada: «se limita a deslizarse sobre la super-

16 J.L. Borges: El idioma de los argentinos, Madrid, Alianza Editorial, 2000, pp. 59-60.

17 J. Rest: El laberinto del Universo. Borges y el pensamiento nominalista, Buenos Aires, Librerías Fausto, 1976, p. 167.

18 C. Bulacio y D. Grima: Dos miradas sobre Borges, Buenos Aires, Universidad Nacional de Tucumán, 1998, pp. 95-96.

19 J.L. Borges: El idioma de los argentinos, Madrid, Alianza Editorial, 2000, p. 64.

20 J.L. Borges: El idioma de los argentinos, Madrid, Alianza Editorial, 2000, p. 62.

ficie de las cosas y percibe ‘formas’, su sensación no conduce en ningún caso a la verdad, sino que se contenta con recibir estímulos, como si jugase a tantear el dorso de las cosas». Visto así sigue Nietzsche preguntándose: «¿qué sabe el hombre de sí mismo? ¿Sería capaz de percibirse a sí mismo, aunque sólo fuese por una vez, como si estuviese tendido en una vitrina iluminada? ¿Acaso no le oculta la naturaleza la mayor parte de las cosas, incluso su propio cuerpo, de modo que, al margen de las circunvoluciones de sus intestinos, del rápido flujo de su circulación sanguínea, de las complejas vibraciones de sus fibras, quede desterrado y enredado en una conciencia soberbia e ilusa?»²¹.

Retornando a Borges, en «Después de las imágenes» la metáfora se convierte en elemento crucial del grupo ultraísta a partir del la cual lograr desordenar «el universo rígido»²². La función del poeta radica en cambiar la visión del mundo, crear nuevas regiones de ser. En este sentido, Borges, frente a la expulsión platónica, exclamará que: «ya no basta decir, afuera todos los poetas, que los espejos se asemejan a un agua... hemos de rebasar tales juegos. Hay que manifestar ese antojo hecho forzosa realidad de una mente: hay que mostrar un individuo que se introduce en el cristal y que persiste en su ilusorio país (de donde hay figuraciones y colores, pero regidos de inmóvil silencio) y que siente el bochorno de no ser más que un simulacro que obliteran las noches y que las vislumbres permiten»²³.

De este modo, Borges postula la posibilidad de romper con las barreras de la realidad y de la ficción proponiendo la posibilidad de la vivencia en la imagen ilusoria de los espejos –el lenguaje– asumiendo la realidad de las apariencias. Así, en textos como «Parábola de palacio» otorgará a la palabra incluso un mayor grado ontológico que al mundo y ajustándose al principio de los indistinguibles leibniciano el poema hará desaparecer el majestuoso edificio que describía. Esta hipótesis la recoge de nuevo en «Una rosa amarilla» donde defenderá que la palabra rosa no nombra si no que reemplaza a la flor, es decir, no representa sino que es una realidad más e independiente añadida al mundo. Palabra y cosa se encuentran a un mismo nivel ontológico rehusándose a separar el plano simbólico y del plano real. La palabra no representa sino que crea. Este paradigma de representación, nos devuelve a un estadio en el que lo especular, entendido como representación, poseía el mismo grado de realidad que la realidad misma. La palabra, el mundo de los espejos inicial, tenía fuerza y existencia propia y no era mero reflejo servil que copiaba el mundo. En este sentido, encontramos también en el escritor argentino la búsqueda del cierto lenguaje primigenio, aquel con el que Adán nombró a los seres, cargado de fuerza originaria y creadora y que el uso convencional ha debilitado transformándolo en eco vacío de sonoridad. Por este motivo, quiere devolver a las palabras su magia primitiva. Esta es la misión del poeta: encontrar aquella palabra que contenga el universo, la palabra total que entrañe todas las particularidades.²⁴

Todas las consideraciones aquí expuestas constituyeron el campo de cultivo para la reflexión sobre el lenguaje y el conocimiento que Borges ficcionalizará magistralmente en los relatos de madurez, algunos de los cuales han sido aquí aludidos. El lenguaje, como producto de la condi-

21 Nietzsche, F.: Sobre verdad y mentira en sentido extramoral, Madrid, Tecnos, 1990, p.

22 Hemos de recordar que las reflexiones en torno al lenguaje de los primeros años está unida al proyecto vanguardista, al intento de renovación lingüística y a la necesidad de la creación de un lenguaje poético.

23 J. L. Borges: Inquisiciones, Madrid, Alianza Editorial, 1998, p. 32.

24 Para Arana «la sagrada misión del poeta es oficiar una transformación paralela con las palabras; su piedra filosofal sería ese poema de una sola palabra en el que está encerrado de algún modo la totalidad que contiene cada vida (...) Todos los libros dignos de ser leídos encierra un número infinito de sentidos y posibles interpretaciones» J. Arana: El centro del laberinto. Los motivos filosóficos en la obra de Borges, Pamplona, Euns, 1994, p. 48.

ción finita del hombre, es un sistema articulado de ficciones que organiza nuestra experiencia. Las palabras son entonaciones de metáforas fallidas. Desde un punto de vista global, la preocupación sobre el lenguaje estaría orientada a escudriñar los límites y la validez del conocimiento y a elaborar interpretaciones que manifiesten las imposibilidades de un universo laberíntico sometido a la desopilante taxonomía china.

3. Bibliografía

- Arana, J.: *El centro del laberinto. Los motivos filosóficos en la obra de Borges*, Pamplona, Eunsa, 1994.
- Borges, J. L.: *Obras Completas*, 4 vols., Barcelona, Emecé, 1996.
- *El idioma de los argentinos*, Madrid, Alianza Editorial, 2000.
- *Inquisiciones*, Madrid, Alianza Editorial, 1998.
- *El tamaño de mi esperanza*, Madrid, Alianza Editorial, 1999.
- Bulacio, C.: *Los escándalos de la razón en: JLB*, Buenos Aires, Victoria Ocampo, 2003.
- y Grima, D.: *Dos miradas sobre Borges*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Tucumán, 1998.
- Echavarría, A.: *Lengua y literatura en Borges*, Barcelona, Ariel, 1983.
- Gutiérrez Girardot, R.: *Jorge Luis Borges. Ensayo de una interpretación*, Madrid, Insula, 1959.
- Kofman, S.: *Nietzsche et la métaphore*, Paris, Éditions Galiléé, 1983.
- Nehamas, A.: *Nietzsche, la vida como literatura*, México, FCE, 2002.
- Nietzsche, F.: *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, Madrid, Tecnos, 1990.
- Rest, J.: *El laberinto del Universo. Borges y el pensamiento nominalista*, Buenos Aires, Librerías Fausto, 1976.
- Rowe, W. y Canaparo, C.: *Jorge Luis Borges. Intervenciones sobre pensamiento y literatura*, Buenos Aires, Paidós, 2000.
- Vaihinger, H.: «La voluntad de ilusión en Nietzsche», en F. Nietzsche: *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, Madrid, Tecnos, 1990
- Volker-Schamahl, E.: «La filosofía: un mito borgeano», en: G. Kaminsky (comp.): *Borges y la filosofía*, Buenos Aires, UBA, 1994, pp. 51-58.